

DESDE LA MEMORIA A LA ACCIÓN: (CULTURA-SUJETO CONTRA CULTURA-OBJETO)

GABRIEL SALAZAR

Premio Nacional de Historia 2006. Historiador y profesor, con estudios de historia, geografía, filosofía y sociología en la Universidad de Chile. Doctor en Historia Económica y Social por la University of Hull, United Kingdom.

Cuando se piensa, habla o escribe sobre memoria, frecuentemente se alude a “recuerdos”, que suelen ser imágenes aisladas de nuestra experiencia pasada. No obstante, ‘el’ recuerdo está a su vez inmerso en redes y redes de recuerdos, que constituyen grandes sistemas de datos, que pueden ser evocados o manejados de un modo u otro. A veces, simplemente, para representarlos en nuestra pantalla interna. Otras veces para utilizarlos como reflectores que pueden iluminar ciertas situaciones, o revolver grandes problemas humanos y, sobre todo, para *decidir cómo vamos a actuar*. Al ‘recordar’, pues, la memoria nos deja en situación de *realizar* un sinnúmero de operaciones mentales. Y no es menor aquella que nos deja en condición de pensar las acciones a realizar en el presente. Es que, por lo común, recordamos para actuar. No es posible explorar el pasado, su representación, si no como una vivencia profunda del propio presente. La memoria aparenta ser puro pasado, pero como es un órgano vivo, está siempre presidiendo nuestras acciones sobre el presente. Y lo que ocurre dentro de nosotros como un proceso subjetivo e individual, ocurre también *entre nosotros* como un proceso colectivo.

En este sentido, la memoria colectiva puede actuar como un determinante de la acción colectiva. De lo que se deduce que, si organizamos nuestra memoria colectiva adecuadamente, sobre la base de hechos reales, pero también sobre la base de intenciones sociales justas y legítimas, podemos considerar que la memoria se conecta positivamente con la *construcción de los proyectos sociales* que nos parecen pertinentes. De modo que la memoria social puede llegar a ser el motor o corazón de los movimientos sociales, que apuntan a desarrollar y mejorar las condiciones de vida de las comunidades

humanas. Nuestro pasado se revitaliza y transforma en una poderosa plataforma, en una «memoria viva» que nos ayuda a catapultar y construir, colectivamente, el país que queremos para nosotros y las futuras generaciones. Lo que revela que la memoria, cuando es colectiva, puede constituirse en un *poder social* que apunta a cultivar a la comunidad humana en el sentido de realizar sus valores más profundos.

Como la memoria puede impulsar ese *cultivo* de los valores humanos, la memoria social se constituye, pues, como el soporte fundamental y fundante de la *cultura humana*.

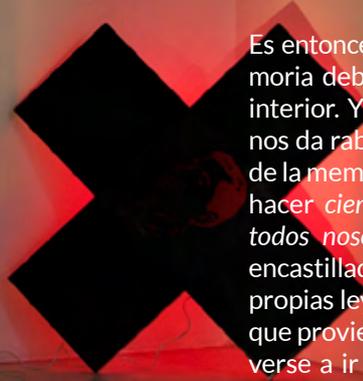
Como reacción instintiva, ante movimientos sociales que comienzan a movilizarse a partir de un impulso interior, profundo, las clases hegemónicas de la sociedad reaccionan a la defensiva, y oponen a ese impulso profundo – cuya matriz es la memoria social viva – una cultura rígida, un muro defensivo, que es la memoria oficial, políticamente correcta.

Es entonces cuando surge el “conflicto de las memorias”: ¿qué estoy recordando? ¿Qué se debe memorizar y qué no? ¿Vale más la memoria social viva o la memoria oficial codificada? Automáticamente, detrás de esas preguntas, se asoman intereses egoístas, futuros apetecidos por unos y rechazados por otros, luces y sombras que tensionan la política y, por cierto, a los propios políticos. También surgen historiografías que se suman desde la academia y se hacen cómplices de lo rígido, apertrechadas en las columnas dóricas de lo académico, mientras la «memoria viva» circula latiendo con rabia y con esperanza, alimentada desde la sociedad profunda, acampada en las veredas, en la periferia urbana o en las rinconadas del agro.

Como el conflicto de las memorias tiene la



aparición de un nudo gordiano complejo e irrompible, las ciencias sociales se refugian en sus acertijos teóricos o metodológicos, en sus competencias de cátedra y choques de currículum vitae. Mientras el Estado se escuda detrás de los discursos oficiales y los decretos con fuerza de ley (que son conocimiento con verdad obligada), que tienden a excluir el sentir, el recordar y el pensar de los ciudadanos comunes y corrientes, es cuando es necesario enfrentar las ciencias sociales endogámicas y poderes públicos grandilocuentes. Ante ellos, la memoria social viva tiende a confundir sus caminos, sus horizontes y hasta duda de sus recuerdos.



Es entonces cuando el sujeto social y la memoria deben aferrarse a la vida. A su vida interior. Y ya no sólo para recordar lo que nos da rabia o para vibrar con las verdades de la memoria colectiva, sino también para hacer *ciencia desde sí mismos*, y *ley desde todos nosotros*. Desafiando a las ciencias encastilladas y al Estado maniatado por sus propias leyes, es cuando el impulso cultural que proviene de la memoria viva debe atreverse a ir más allá aun; o sea: a “construir socialmente la realidad que queremos”.



En este punto, tal vez sea oportuno y necesario hacer una distinción entre cultura-sujeto y cultura-objeto. La primera tiene su razón en cuanto a que la *cultura es cultivo*, cultivo cuyo actor principal es el sujeto social que se orienta a perfeccionarse y humanizarse a sí mismo. En tal sentido se puede hablar de *auto-cultivo*, aquel que permite la transformación de un individuo-masa (movido como un títere) en un individuo activo y consciente de sí mismo, que articulado e interactuando con los demás, se constituye en un *actor social*, allí donde lo individual se convierte en «un nosotros», como constructor de nuestro destino común. Entonces, el

perfeccionamiento de la humanización de cada individuo es, en definitiva, un proceso colectivo de empoderamiento solidario. Esto permite a cada persona escapar de ser víctima de los sistemas que dictatorialmente se construyen e imponen (que abundan en nuestra historia), permitiéndole capacitarse para escaparse de eso y, junto a las demás personas, construir su sistema de vida; su cultura propia.

No hay mayor derecho humano, mayor *cultura-sujeto* que la que permite escapar de la victimización que conlleva cualquier dictadura política. La cultura-sujeto es la que da pie para construir el orden social ideal, aquel que ofrece la posibilidad de realizarse plenamente como condición humana. Cultura-sujeto es entonces un proceso, un trabajo social donde los protagonistas somos nosotros mismos. Así entendida, la cultura es vida, auto cultivo. Esta es la esencia de la formación del ciudadano soberano, pero no es solo una cuestión individual, también es comunitaria, de los pueblos en plural, de las distintas comunidades locales que existen en el país: Tirúa, Pozo Almonte, Talcahuano o Coquimbo, por nombrar algunas.

Las comunidades igualmente pueden perfeccionarse auto cultivando su humanidad social colectiva, logrando así una liberación progresiva de los sistemas nacionalistas o imperialistas. De hecho, la cultura-sujeto puede ser, en sí misma, lucha permanente. Por ejemplo, cuando el pueblo mapuche lucha es porque es *culto*, porque está cultivando su emancipación, su legítimo derecho a humanizarse desde la perspectiva de su propia memoria. Ello, porque su memoria está viva, y desde allí brota la energía necesaria para reivindicarse en el presente y proyectarse hacia su futuro como tal, como cultura y pueblo mapuche que es y que fundamentalmente quiere seguir siendo.

Por el contrario, la cultura-objeto no es sino el conjunto de objetos, productos o normas que van quedando en la vera del camino del desarrollo cultural. Puede ser ropa, automóviles, armas, comida, libros, obras de arte, el Requiem de Mozart, la Gioconda de Leonardo, los dramas de Shakespeare o el rock de Queen o de Led Zeppelin. El Chile actual está traspasado y saturado de la cultura-objeto, que excluye y arrincon a la cultura-sujeto, porque la primera está constituida por cosas que se exhiben, se compran, se coleccionan, se consumen, y

uno paga dinero por verlas, adquirirlas o escucharlas. La cultura-objeto se consume, no se crea, no es producto de nuestro 'auto-cultivo'. Por tanto, intoxica, enajena. Este es el contexto que hoy predomina, impuesto desde los propios sistemas políticos. Consecuentemente, se educa a las personas en función de la cultura-objeto. Se dicta, se exige y se evalúa lo que hay que 'aprender', memorizar, cuantificar, como 'adquisición' o deglución de lo externo.

Hacia 1887, un periodista norteamericano, Theodore Child, fue enviado a Chile para conocer e informar de 'la cultura de los chilenos'. Child se paseó por el país, e informó: "*en Chile las clases populares tienen carácter, se han autoconstruido a sí mismas... El pueblo chileno es culto por eso, el pueblo mapuche también es culto por eso... Pero las clases altas chilenas son 'pálidas', no tienen carácter. ¿Por qué no tienen carácter? Porque todo lo imitan, viven emulando lo europeo, viven rodeándose de objetos que vienen de Europa, aman toda la prosopopeya que viene del exterior, no tienen nada propio*". En Chile, en este sentido, la clase alta no es culta. Una cosa es el refinamiento en el consumo de objetos culturales, y otra cosa es el refinamiento exquisito de un ser humano autónomo, deliberante, capaz de tomar decisiones y ejercer soberanía como ciudadano, como sujeto social que sabe crear, desde sí mismo y colectivamente, la realidad que le parece más humana y valiosa.

Dentro de esta tendencia, lamentablemente, en Chile siempre la educación ha intentado importar y reproducir la cultura occidental. Nunca se ha educado a los niños para que ellos se liberen y eduquen a sí mismos, o con todos los suyos; nunca se ha educado al pueblo mapuche, mestizo, aymara o rapa nui para que se liberen como pueblos y, en general, nunca se ha educado a las personas de cualquier comunidad para que se liberen y desarrollen como tales. Por eso en nuestro país predomina abrumadoramente la cultura-objeto, que es la cultura oficial, la que viene del mundo exterior, que se impone por sobre la cultura-sujeto.

El Estado nunca ha educado a los que están siendo víctimas del sistema para que cambien por sí mismos el sistema que los victimiza. En Chile, la educación para el cambio, la educación para la liberación —que es la esencia de la educación del auto perfeccionamiento humano—, no se hace desde el sistema oficial, sino desde el margen,



desde la autoeducación marginal. Esto explica que, si uno revisa la historia de Chile, la cultura que podríamos llamar propiamente «chilena», es la cultura del “bajo pueblo”, de las clases populares. El resto es cultura occidental europea. Y eso, en sentido estricto, no es cultura, sino civilización.

Recapitulando, la cultura-sujeto es la que se sustenta en la «memoria viva» de los pueblos, aquella construida colectivamente por los sujetos sociales, ciudadanos libres y conscientes, empoderados por el tejido social que surge desde lo popular; la cultura-objeto, por el contrario, es la que se sustenta y reduce al consumo o colección de cosas. En esa línea, el Estado chileno y las clases hegemónicas todavía se dejan permear por lo europeo-occidental, conducta que se retroalimenta del modelo neoliberal que impera en el país. En este caso, más que la memoria propia pesa el olvido de lo propio, aquel que hace borrón y cuenta nueva, que genera ansiedad y crea la necesidad de consumir más, de coleccionar más, de vender y comprar más. Entonces el capital humano —social y cultural— se reemplaza por el capital de las cosas, por la cultura del tener y no del ‘ser’. La sociedad de ciudadanos conscientes y libres, se reemplaza por la masa de consumo, por sujetos que pierden la esencia de su sociabilidad e historicidad. Son ‘masas’ inermes frente al mercado, impotentes frente al Estado. O sea: que han perdido su historicidad.

La cultura-sujeto, aquella que surge desde la autenticidad de los sectores populares, desde los márgenes que desbordan la oficialidad, se articula naturalmente con la «memoria social» viva, como un resumen «interpretado» de la experiencia acumulada por los propios actores sociales. Se trata de una memoria viva sufrida por sus protagonistas, que se contrapone a aquella memoria

simbólica construida desde las altas esferas oficiales y poderes fácticos, generalmente a la manera europea occidental. Hay muchos intelectuales que, convencidos, sobrepone el simbolismo y la realidad virtual a la memoria viva que anida en el fondo de lo colectivo, pero casos como la exclusión, la alienación y la represión, junto a situaciones extremas de hambre, tortura y muerte, son, sin embargo, feroces constituyentes empíricos de la realidad, tremendos configuradores de «memoria social» —memoria real—, cuyas huellas son imborrables y, por lo tanto, trascendentes y vitales para poder construir un presente y futuro con sentido.

Mientras la memoria simbólica es dominante pero históricamente estática; la memoria empírica-social inspira a la acción, al compromiso y a la construcción colectiva. Es el mismo peso del sistema de dominación el que la mantiene viva, proactiva, luchadora; por eso involucra a la política y complica tanto a los políticos. La memoria viva complica la gobernabilidad del país; la memoria oficial, por el contrario, si excluye a la memoria viva, no la mata, más bien la revive.

En Chile, estamos viviendo hoy un período en que el peso de la cultura-objeto y la memoria oficial (que hoy no es sino la memoria del mercado mundial) han excluido de la educación, las leyes y las metas del país, a la memoria viva y la cultura-sujeto, pero no la han matado ni extinguido. En la memoria social nada muere, porque todo allí permanece para transformarse, de pasado en conciencia, y de conciencia en acción. Sobre la base, claro, de que el sujeto individual se asocia con su vecino, con su compañero o colega, para recordar juntos, deliberar juntos, precisamente para comprometerse en el principal de los derechos humanos: “la construcción social de la realidad”. ■